

HACIA LOS ORÍGENES DE LA TEOLOGÍA BÍBLICA DE LOS POBRES

De los 39 libros de la Biblia hebrea, la profecía de Sofonías es uno de los más cortos. Y, sin embargo, no ha dejado de atraer la atención de los exegetas. Todo él son variaciones sobre un mismo tema: "el día de Yahvé". Fuera del final, en el que estalla - irreprimible- el tema de la esperanza. Pero al autor del presente artículo le interesa otro aspecto menos estudiado, pero más actual, de ese diminuto libro: su teología de los pobres. Tiene en su haber una monografía científica sobre el tema. Y el artículo presenta una síntesis de la misma.

Zefanya und das Israel der Armen. Zu den Ursprüngen biblischer Armentheologie, Bibel und Kirche 50 (1995) 6-11.

Poco positivo cabría esperar de un libro, como el de Sofonías, cuyo tema es el "día de Yahvé" y cuyas palabras-clave son "pedir cuentas", "exterminar" y "poner fin". Sin embargo, no deja de brillar en él un rayo de esperanza.

Estructura del libro

El libro se estructura en tres unidades o ciclos: 1,2-18; 2,1-3,5; 3,6-15. La esperanza se cifra concretamente en dos grupos de personas: los pueblos convertidos (*antes* que Israel!) (2,11; 3,9-10) y los pobres que Yahvé dejará en Jerusalén (3,12-13). Los grupos más insignificantes y menos influyentes de la sociedad son los únicos que representan una esperanza para Jerusalén y para todo Israel. Con ellos comenzará Yahvé un capítulo completamente nuevo de la historia de su pueblo.

1. *So 1,2-18.* Se nos describe la situación de las clases acomodadas de la sociedad jerosolimitana. En ellas se mezcla la riqueza y el influjo político con un distanciamiento cada vez mayor de Yahvé, que va desde la apostasía a la apatía (1,6). Los nobles y los cortesanos adoptan formas más crasas: modas extranjeras y costumbres supersticiosas (1,8-9). La apostasía tiene en la corte su reverso social: la riqueza se amasa con engaños y violencia (1,9). Más dramática resulta todavía la situación de la gente rica de Jerusalén: hacen cómplice a Yahvé, al afirmar que se inhibe (1,12).

A la clase acomodada de Jerusalén no le queda, pues, ni atisbo de esperanza. Para ellos el "día de Yahvé" es la negación de todas las esperanzas, la subversión de todos sus valores (1,14-16). Yahvé les pedirá cuentas de todo. Y la resaca arrastrará mar adentro a todos los habitantes de la tierra (1,17-18).

2. *So 2,1-3,5.* La mirada del profeta pasa de Jerusalén a los territorios circundantes. Su atención se centra primero sobre los "pobres del país". Luego se dirige hacia los pueblos vecinos: los filisteos (2,4-7), Moab y Amón (2,8-10), Etiopía (2,12) y Asiria (2,13-15): todos sucumbirán, porque se jactaron ante Yahvé y su pueblo. Sólo las "islas de los pueblos" se salvan. Ellas adorarán a Yahvé (2,11).

Al final de este ciclo, la atención se centra de nuevo en Jerusalén (3,1-5). El profeta pasa casi de puntillas de Nínive (1,13-15) a Jerusalén. Esta se ha alejado tanto de Yahvé que, para el profeta, apenas si hay diferencia entre la "ciudad sanguinaria" y la ciudad santa. De hecho, ésta no escarmentó (3,2) y la suerte infausta de los pueblos vecinos no modificó la conducta de la clase alta jerosolimitana. Todo lo contrario: sus nobles "eran leones rugiendo", sus jueces "lobos a la tarde", sus profetas "hombres desleales" y sus sacerdotes "violentaban la ley" (3,3-4). Se confirma lo que Sofonías ha denunciado ya en el primer ciclo: para la clase alta Yahvé no significa nada.

3. *So 3,6-15*. En este tercer ciclo lo anunciado se realiza: si la clase alta se ha obstinado y no ha querido entender las señales dadas en los otros pueblos, ahora serán alejados para siempre de Jerusalén: su suerte está echada.

Y ¿qué será de Jerusalén? Primero entran en juego los "pueblos". Estos se dirigirán en masa a Jerusalén, para invocar el nombre de Yahvé y presentarle sus ofrendas (3,9-10). En Jerusalén encontrarán un "pueblo pobre y humilde", que Yahvé habrá dejado como resto (3,12-13). Él será fiel a Yahvé y Yahvé le proporcionará una vida en paz (3,13). Junto con los pueblos que vendrán de todas partes, los pobres serán los nuevos aliados a Yahvé. Al renovar con ellos su amor (3,17), podrá hacer valer sus exigencias y podrá "reinar" de nuevo en medio de Jerusalén (3,15). Los enemigos han sido barridos, la ciudad puede respirar tranquila y todo Israel puede dar rienda suelta al júbilo (3,14-15).

Los pobres, esperanza de Israel

Para Sofonías, los pobres son la única esperanza que le queda a Israel. No los considera tanto como víctimas de la opresión de los ricos. Aunque esto vaya implícito en las acusaciones contra la clase alta. Pero en vano buscará uno la dureza de la crítica social, por Ej., de un Amós. En este punto Sofonías es más reservado que sus predecesores.

Sin embargo, es justamente aquí donde podemos captar un aspecto nuevo del tema de los pobres: para el futuro de Israel, que está en peligro, la acción de los pobres resulta de sumo interés. El tema se desarrolla en 2,1-3 y 3,12-13 respecto a su dimensión religiosa y ética: los pobres se convierten de *objetos* en *sujetos* de la acción.

La praxis de los pobres. Las condiciones de vida de los "pobres del país" son diametralmente opuestas a las de la gente rica e influyente de Jerusalén. En lugar de riqueza sin medida amontonan paja sin valor (2,1). El profeta toma sus imágenes no de los objetos de valor de los palacios, sino de las cosas simples del campo: rastros, paja y tamo (2,1-2). Hay que advertir aquí que las variantes textuales dificultan la comprensión del texto.

La situación religiosa también es completamente distinta. Ni palabra de que hayan perdido su relación con Yahvé. Todo lo contrario: ellos conservan la relación estrecha con él, que antes era característica de todo Israel (2,3). Aunque así participan ya de la praxis de Yahvé, han de buscar más intensamente todavía la justicia y la humildad (2,3). A diferencia de la ruina segura de la clase alta de Jerusalén, a los "pobres del país" se les invita a la acción en vistas al día de Yahvé.

Partiendo de esa experiencia con los "pobres del país", en el tercer ciclo (3,6-15) lanza el profeta un puente temático hacia el futuro de Jerusalén. Un nuevo comienzo con la clase alta no entra en consideración. Son otra vez los "pobres" y "humildes" los que salen al quite y preservan la esperanza.

También respecto a los pobres de Jerusalén lo que anuncia Sofonías es totalmente positivo. Lo que se les manda a los "pobres del país", o sea, buscar a Yahvé (2,3), los pobres de Jerusalén lo cumplen ejemplarmente, al "acogerse al Señor". El "pueblo pobre y humilde" de Jerusalén "no cometerá injusticia ni echará mano del engaño". Lo que constituye la praxis de Yahvé - "en ella (Jerusalén) está el Señor justo, que no comete injusticia" (3,5)- será también la praxis del "pueblo pobre y humilde": no cometerá injusticia (3,13).

A esa relación de los pobres con Yahvé corresponde también un clima social nuevo: el régimen de opresión y miedo desaparecerá (3,2-4) y una paz paradisíaca se instalará en Jerusalén. Y nadie ya la turbará (3,13).

La opción de Yahvé por sus pobres

Sofonías lo sabe: mediante la opción por sus pobres, salvará Yahvé a su pueblo. No es que Yahvé tenga algo fundamental contra la riqueza y el bienestar. Es la realidad la que habla otro lenguaje: cuando se acumula riqueza e influencia, simplemente ya no se acude a Yahvé y a su orden social justo. En cambio, sí se hace cuando el bienestar no paraliza el ansia de justicia y de fidelidad a Yahvé. Por esto son los pobres los únicos que dan una oportunidad a la esperanza. No se salvan por ser pobres, sino porque todavía son los únicos que confían en Yahvé y participan de su praxis.

1. *Una opción teológica.* Si Yahvé opta por sus pobres, ésta es exclusivamente su opción. En ninguna parte del texto se dice que otro cualquiera deba optar en favor de los pobres o que pueda hacerlo con miras al día de Yahvé. Tampoco invita Sofonías a los pobres a tomar en sus manos su destino. Al contrario: en 2,1-3 se les advierte que no han de hacer lo mismo que hasta entonces. Como el éxodo, también la posible preservación de los pobres en el juicio tiene el carácter de gracia y de milagro.

Esto no se ha de interpretar como entretener a los pobres con promesas vanas. Tampoco significa que los ricos puedan dormir tranquilos, seguros de la dilación de la intervención de Yahvé (véase 1,12-13). La decisión irrevocable de la opción de Yahvé queda fuera de toda duda con 3,12-13.

2. *¿Pobres o humildes?* Si los *pobres* son tan importantes para el futuro de Israel, ¿cómo entender su *pobreza*? ¿habla Sofonías de pobreza material o se trata de personas que adoptan una actitud religiosa fundamental y ponen en práctica una forma de vida que escogen ellos mismos? ¿son los pobres, *humildes*, o sea, personas que *se sienten* pobres ante Dios y tienen la esperanza puesta en su misericordia?

Esta cuestión es controvertida entre los exegetas. Si habla de los pobres en el sentido original y riguroso del término, se trata de pobreza *material*. Los pobres de Sofonías no sólo se sienten pobres ante Dios (lo cual, naturalmente, ¡no se excluye!), sino que también son *objetivamente* pobres. Lo mismo sucede con los *ricos*: no sólo se *sienten*

ricos, sino que lo *son* realmente. Naturalmente, la altanería de los ricos tiene su equivalente en la humildad de los pobres (2,3). Hay un paralelismo total entre ambos.

Respecto a 2,1, encontramos textos paralelos en la literatura veterotestamentaria (Jb 24,4; Sal 76,10; Is 11,3; Am 8,4). En ninguno de esos pasajes cabe interpretar la pobreza en un sentido espiritual. También respecto a 3,12, encontramos en numerosos pasajes el contraste entre "pobre" (*anî*) y "humilde, desgraciado" (*dad*): Is 10,2; 11,4; Jb 34,28; Sal 82,3; Pv 22,22. En todos esos pasajes (con la posible excepción de Is 26,6), como en So 3,12, se trata de pobreza *económica*.

Si el texto, desvinculado de su contexto, es elevado al plano espiritual, la invitación de Sofonías a los (¡materialmente!) pobres se convierte en una promesa dirigida a todos los "pobres espirituales" de preservar a los arrepentidos. En este caso, como recientemente formulaba un exegeta, 2,1-3 constituye una "llamada a recuperar el estilo personal de vida".

Con esto se atribuye a la palabra del profeta una universalidad y una apertura que nunca ha tenido. Entre los "humildes y piadosos del país" podrían contarse también, sin más, los representantes de la clase alta. Y si la invitación de 2,1-3 se dirige a ellos, tampoco hay dificultad en aplicar el cumplimiento de las promesas de 3,12-13 a los que "espiritualmente" se han hecho "pobres". Ya no hay problema en que conserven casas y viñas, si interiormente adoptan la correspondiente actitud humilde ante Yahvé.

En una interpretación como ésta se expresa la protesta contra la exclusividad de la promesa

profética. También se manifiesta la desazón que produce el hecho de que la salvación no acontezca con todo esplendor y gloria. Ambas reacciones son fácilmente explicables. Pero no pueden conducirnos a mitigar el mensaje del profeta, despojándole de su punta de escándalo. Sin artificio exegetico no se puede soslayar esa conclusión: los (materialmente) pobres son la única esperanza que le queda a Israel. La opción de Yahvé por ellos es exclusiva, porque todos los demás han sido excluidos.

3. *¿La pobreza como ideal?* Tal como siempre se entiende la pobreza de la que habla Sofonías, no puede considerarse como un ideal para todo el mundo. Sofonías no afirma que uno tenga que ser pobre para salir airoso del día de Yahvé. *En sí misma* la pobreza no salva. Como tampoco la riqueza *en sí misma* condena. También los pobres necesitan convertirse (2,13). Pero al menos experimentan la llamada, pues su comportamiento da alas a la esperanza, mientras que los ricos no dan pie a la esperanza. Lo propio de la teología de Sofonías no es el postulado de que la pobreza salva, sino la dolorosa experiencia del profeta de que Yahvé sólo tiene la oportunidad de alcanzar su objetivo con los pobres.

La pobreza no es, pues, para el profeta una forma de vida escogida voluntariamente. Las circunstancias en las que viven los pobres van en dirección contraria. Amontonar, por Ej., rastrojos (2,1) no es un trabajo voluntario, como consta por el trasfondo del Éxodo (5,7.12).

La promesa de una paz paradisíaca para el futuro presupone para el presente la experiencia contraria (3,13 comparado con 3,3-4).

Dado que, para Sofonías, la pobreza no constituye ningún ideal, tampoco es signo del tiempo mesiánico. Como muestra el lenguaje del AT las imágenes con las que se expresan las promesas de 3,13 contienen la idea de un cambio de la realidad en seguridad paradisíaca, con un bienestar ilimitado (véase, por Ej., Is 11,7).

En esta línea, los pueblos que se dirigen en masa a Jerusalén (3,9-10) y traen sus dones a Yahvé (3,10) no hay que pensar que los depositan únicamente en el templo. Más bien hay que suponer que las riquezas que aportan han de servir sobre todo para los pobres. El pueblo mesiánico no puede ser un "pueblo hambriento".

4. *¿Espiritualidad de los pobres?* Tampoco conoce Sofonías una específica "espiritualidad de los pobres". Lo que él espera de los pobres (2,1-3; 3,12-13) no es más que lo que se puede exigir de la espiritualidad de todo Israel.

Esto vale tanto para la búsqueda de Yahvé como respecto a los valores fundamentales de la justicia y la humildad (2,3). El desprecio de esos valores es lo que llevó a Jerusalén a su situación crítica. Tampoco el cumplimiento de la ley (2,3) constituye el privilegio de un grupo, sino que es un dato fundamental que distingue a *todo Israel* de los otros pueblos.

Esto vale más todavía para el comportamiento de los pobres descrito en 3,12-13. No en vano se les caracteriza como el "resto de Israel", que vive ejemplarmente lo que los demás no han sido capaces de poner en práctica. No se puede, pues, considerar a los pobres como una "secta" o como una "orden" dentro de Israel, que, con su praxis alternativa de vida, se propusiese reformar el pueblo de Dios.

El "Israel de los pobres"

La profecía de Sofonías no concluye con 3,12-13, sino que, con la unidad presentada en forma de himno de 3,14-15, se sitúa en el momento del cumplimiento: Jerusalén ha sido liberada de sus enemigos interiores y exteriores y Yahvé ha anulado su sentencia. Por primera vez en el libro de Sofonías, Jerusalén recibe el sobrenombre de "hija" y se la invita al júbilo.

Cierto que todos los que tenían poder e influencia en Jerusalén lo han perdido para siempre. Sin embargo, la opción de Yahvé por sus pobres ha conjurado la catástrofe que amenazaba. Sólo gracias a los pobres, puede Jerusalén, a pesar de todo, convertirse en escenario de la nueva salvación. La ciudad será presa de la alegría contagiosa de los pobres.

Los pueblos que acudan en masa se encontrarán con una Jerusalén renovada. No brillará ya más por su esplendor y gloria. Ni su fama se atribuirá a sus gruesas murallas, a sus altas almenas o al fausto de sus dirigentes. La nueva Jerusalén se forjará más bien por la realización de la Ley de Yahvé que brota de la confianza en él. Este será el distintivo de Jerusalén en el futuro. ¿No era esto para dar rienda suelta a la alegría?

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA